

tos á decirnos que de los 900,000 cristianos solo 250,000 son europeos, y aun de estos 60,000 corresponden al ejército de ocupación británica. ¿Se comprende ahora el interés que pueden sentir los 250,000 extranjeros europeos por los 240 millones ó más de Indios que tan estúpidamente sufren su dominación?

Nos hemos hecho cargo de los dos grandes centros de población asiática, porque estos en rigor junto con la Siberia, Anam y Siam constituyen la Asia propiamente dicha. La Asia menor es una prolongación de Europa, lo es bajo el aspecto físico y bajo el aspecto zoológico, y su historia del principio al fin tiene que ver con nosotros y no con la Asia amarilla, pues sus mismas gentes, afghanes, persas, etc. pertenecen á los pueblos mediterráneos y no á los asiáticos propiamente dicho, ó amarillos.

Cuan grande puede llegar a ser un día el comercio asiático, cuan grande puede llegar á ser su influencia, se comprende. ¿Qué sería de Europa si Asia entera se le echase encima? Lo que otras veces que esto ha sucedido, una de sus conquistas. Esto hoy por hoy no es de temer, ¿pero quién sabe lo que sucedería si por milagro surgiera una generación de Nana Saibs? Por esto Europa entera lanzó un grito de indignación al ver á Inglaterra llevar á Chipre y á Egipto sus regimientos auxiliares indígenas de la India para que tomasen parte en la campaña, obligándola á desistir y á reembarcar en breve gentes para quienes conviene que continúe siendo desconocido el camino de Europa.

Pero esta galvanización aun del elemento indio en lo que puede todavía representar la raza indo europea no es probable, y solo su invasión sería terrible en el caso de poder llegar á nosotros sus muchedumbres en el estado semi-civilizado de hoy. Si alcanzasen una cultura superior, ya nada deberíamos temer, pues cada día son menos ventajosas y posibles las guerras de conquistas. Por otra parte, el clima de la región asiática conviene muy poco á las razas europeas, de modo que la emigración es de este lado muy poca, pues ni Portugal ni Francia la fomentan. Portugal por su escasa población; Francia por las mismas razones que hemos expuesto al tratar de Africa. Inglaterra naturalmente quisiera que los miles de individuos que anualmente se dirigen á América, pasasen á la India, pero su clima es mortífero para ellos: tal vez mejore cuando las sociedades de *temperantía* hayan dado en Inglaterra todos sus resultados.

La emigración española á las Filipinas es escasa, tal vez cobre alguna animación ahora que el ísmo de Suez ha puesto á Manila á 40 días de Barcelona, pero todo esto está por ver, y hasta hoy las dos líneas de vapores que de Barcelona van á las Filipinas han de contar muy poco con la emigración para cubrir sus presupuestos, y cuenta que ofrecen á los emigrantes la repatriación gratis al año de estar en las islas.

Además, las necesidades de los pueblos asiáticos se llenan por sí solas y para nada necesitan de los productos europeos. Si no fuera por la población europea emigrada ó establecida en China, Filipinas, Annam, India, etc., el comercio con Asia se haría con gran dificultad, y aun estallaran esas dificultades queramos ó no, á compás del desenvolvimiento industrial de dichas regiones. Cuando este haya alcanzado el desenvolvimiento á que aspiran los naturales ilustrados y los emigrantes, Asia vendrá á nuestros mercados siempre con lo que llamamos productos coloniales, pero nosotros no iremos á los suyos. Sucederá entonces todo lo contrario de ahora. Hoy el comercio asiático es europeo. Entonces el comercio europeo para con Asia será asiático. Y así se irá estableciendo la armonía en el comercio universal.

#### IV—Europa y su estado social y comercial.

Hasta aquí hemos visto como las condiciones naturales de situación, clima, producciones, habitantes, etc., no bastan para hacer de un pueblo, de una nación, de un continente, un pueblo, una nación, un estado comercial. En el orden natural, tal vez, y sin tal vez Europa ocupe el último lugar, y sin embargo Europa es el continente industrial por exce-

lencia. Cuando en África la maravillosa civilización del Egipto caía de vieja, Europa era todavía un continente salvaje. Cuando Asia, lo mismo la Asia oriental que la occidental brillaban en todos los ramos del saber humano, y en la industria, las artes y el comercio, sus naves recorrían las salvajes costas de Europa, lo mismo las mediterráneas que las boreales, estableciendo aquí y allá colonias y factorías comerciales que nos iniciaron á la vida de los pueblos civilizados. Pero muy pronto Africa y Asia fueron dominadas por nuestra producción comercial, muy antes de que lo fueran por la fuerza de las armas, y lo que es más: desde el primer momento en que el contacto extranjero nos puso en estado de aprovecharnos de sus descubrimientos, el progreso industrial y comercial ha sido constante, marchando sin cesar en aumento. Y esto porque, sin dejar de beneficiar en toda su extensión las condiciones naturales, Europa ha comprendido ó comprendió desde luégo que el progreso industrial está en una buena y libre organización del trabajo. Veamos, pues, cuáles son las condiciones que rigen hoy al desenvolvimiento económico de Europa, y hasta qué punto favorecen ó contradicen su desarrollo comercial.

Esclavo el trabajo en un principio, su emancipación no se ha logrado sino despues de seculares esfuerzos, rompiéndose el último eslabon el día en que se reconocieron y confirmaron los derechos de la personalidad humana. Nosotros que creemos que, en general, todos esos proyectos que espíritus generosos forjan más en su fantasía que en su razón, y que presentan bajo el título de «Organización del trabajo,» son insostenibles y reaccionarios por más que sus autores pretendan todo lo contrario, nosotros creemos sin embargo que al emanciparse el trabajador de las mil ofensivas protecciones ó vejaciones á que estaba sujeto con el régimen antiguo, rompió inconsideradamente así los lazos que le contrariaban y tenían sujeto como un esclavo, como aquellos que, por el contrario, le unían al capital de una manera más ó menos justa, y que en vez de romper solo debían aflojar. Pero aun cuando esto creamos con firme convencimiento, no por esto dejamos de confesar que no era posible proceder de otro modo, pues las resistencias provocan las resistencias, y en todo movimiento de fuerza el principio es el todo ó nada. Si cuando en el siglo pasado los hombres previsores y liberales pregonaban la necesidad de reformar las condiciones del trabajo y la movilización de la propiedad de la tierra hubiesen sido escuchados, no hubiese surgido la secta de los visionarios con Rousseau al frente que lo habian de alterar todo, y conseguirlo todo por la violencia. En este estado de cosas ya se comprende que la reflexión tuvo en la obra de la emancipación del trabajo ménos parte que el sentimiento. Es decir, que hoy sufrimos por exceso una mínima parte de lo mucho que antes se sufría por defecto.

Pero este principio de la libertad del trabajo, este principio fundamental del orden económico ó industrial, se identifica en el orden moral y filosófico, con el principio de la responsabilidad individual, cuya aplicación tiende de grado en grado, á practicar de una manera cada vez más completa, la humanidad entera.

Cuanto más se difunda, cuanto más profundamente se sienta el principio de la responsabilidad por la masa trabajadora, es decir, por todos los que trabajen, mayor será la cantidad de energía que en el trabajo pongan, por lo mismo que de su esfuerzo y de su voluntad comprenderán que depende su bienestar y su progreso. Favorecer este sentimiento de la propia responsabilidad de todos nuestros actos, implica ponernos á todos en condiciones de poder elevarnos á este conocimiento desde el primer momento, y por esto el principio de la libertad del trabajo no excluye ciertas reglamentaciones encaminadas unas á hacer más patentes las bases de esa responsabilidad individual, otras á dar á todos medios para hacerlas efectivas en sí mismo, y en y para con los demás.

Así la reducción de las horas de trabajo, la huelga ó descanso del domingo, las leyes protectoras del trabajo de niños y mugeres, la media fiesta del sábado, los jurados mixtos, etcétera, son medidas que, léjos de coartar la libertad de nadie ni los derechos de nadie, van encaminadas todas ellas á despertar en el hombre el sentimiento de su responsabilidad.

Como las más de estas medidas protectoras se han conseguido aquí y allá á favor del

desenvolvimiento de las ideas democráticas, muchos son los que todavía ven en ellas principios revolucionarios y socialistas, sin bastar á convencerlos del error en que están ni el recordarles que todos nacieron en Inglaterra, país que no conoce los movimientos de fuerza, sino los de la opinión, y que se han difundido por toda Europa sin distinción de regímenes políticos. Esto parecerá contradictorio, pero ya veremos la razón y explicación de esta antinomia.

La libertad del trabajo implica necesariamente, si podemos decirlo así, la libertad de la propiedad, es decir, su división en pequeños lotes, lo que hace que más fácilmente pueda pasar de unas manos á otras. En nuestros días mucho se discute sobre las ventajas é inconvenientes de esa división sin límites de la propiedad, y mientras unos la acusan de todos los males que sufre la producción, y otros le atribuyen todos los beneficios del movimiento industrial y comercial de nuestra época, otros creen que podría ponerse, no como conciliación, sino como resultado de la experiencia, lo mismo trabas á la reconstitución de las grandes propiedades, que á su excesiva división.

Este problema más difícil de resolver que el de los perjuicios que al trabajador causa el libérrimo principio de la libertad del trabajo, á causa de tratarse de lo que afecta á la propiedad del hombre, que por una singular aberración del espíritu humano ó de su sentido egoísta, estima como propiedad preferente la adquirida, y no la propia, es decir, la que resulta de su constitución orgánica, y de aquí que sean posibles los ataques á la libertad individual y difíciles los de la propiedad sobre todo de la inmobiliaria, tal vez no tenga más solución que en la asociación de pequeños propietarios. Estos son en número considerable en todas partes. En Francia que es la nación de Europa á donde más adelante se ha llegado en este punto, la propiedad del suelo está en manos de cuatro millones de poseedores, de suerte que los fundos de estos como término medio resultan ser de 12 hectáreas, cuando en el siglo pasado el término medio era de 750 hectáreas.

Que una grande división de la propiedad ha de redundar en perjuicio de la agricultura, es decir, de la producción agrícola del suelo, se comprende con solo considerar que los gastos de cultivo resultan mayores para la pequeña propiedad que no para la grande, en relación á la extensión y productos de la misma; además la pequeña propiedad produce un defecto análogo al de la mano muerta. Esta clavaba al agricultor en el suelo como un esclavo, había de vivir en ella y de ella, pues si la abandonaba, su porvenir era la miseria, ¿pues dónde había de ir que no encontrase al colono, al parvero, al arrendatario sometido y casi esclavo del señor del suelo? Hoy el pequeño propietario tal vez pueda vivir de sus frutos, empleando en ella todo su trabajo, pero como le absorbe por completo tampoco puede sustraerse á ella. Es decir que se producen resultados parecidos, no iguales. Pues mientras el primer sistema de rechazo influye sobre la población que esteriliza, el segundo si no produce un cierto bienestar produce un cierto *modus vivendi* que favorece el desenvolvimiento de la familia, hasta el punto de que, como por ejemplo sucede en España, en Galicia, el exceso de población, que se corrige por la emigración, sea su resultado.

Por de pronto las colonias vienen á aminorar los efectos de ese crecimiento desproporcionado de la población, pero este remedio es temporal, y un buen gobierno se ha de basar en causas y principios permanentes. Con esto no queremos decir que nuestro gobierno ó el francés estén en el caso de reglamentar la propiedad, no hacemos más que fijar un hecho y acabamos diciendo con Boccardo «que el mismo encierra los gérmenes de los más radicales cambios en la condición social de la parte más escogida del globo y del género humano.»

Un tercer elemento importantísimo para la producción y el comercio tenemos en el predominio en el estado europeo del elemento popular.

Aquellas clases populares á las cuales hubo un tiempo en que el rey vendía á muy caro precio el derecho de trabajar, se han levantado en nuestro tiempo poco á poco con la industria y con la inteligencia, precisamente á contar de aquel momento mismo en que la

aristocracia descendía más y más consumidas sus fuerzas por la ociosidad y la galantería. Entre cien descubrimientos de la ciencia moderna apenas si podríamos citar uno debido á la iniciativa de un magnate, en España podríamos á lo sumo citar la mejora de la raza tau-rina en lo que se emplea el descendiente del hombre que abre el periodo moderno de la historia del comercio; entre mil empresas de tráfico, navegación, ó mejoramientos sociales no sería ménos fatigoso tener que buscar uno que no debiera á la acción de la burguesía ó del pueblo su primer movimiento ó el principal incremento.

De donde resulta que en Europa hay un elemento en su población que si no contrario el desenvolvimiento industrial y comercial de la misma, es una fuerza muerta é improductiva, y aun á nuestro entender un peligro para el progreso. Nosotros admitimos que el elemento aristocrático sea hoy un elemento pasivo que nada de él se deba temer, ni esperar, pero el ejemplo de la ociosidad en que viven sus individuos disipando ó gastando con circunspección sus fortunas, presenta como un ideal del bienestar del hombre esa misma ociosidad que es la causa principal de la degeneración y ruina del elemento aristocrático tan necesario en toda sociedad. Ya se comprende que si el fondo de la aristocracia lo constituye el elemento noble, hoy, después de la revolución de 1789, la aristocracia está compuesta de todos cuantos sus rentas ó fortunas les permite vivir sin trabajar, es decir sin una ocupación regular y constante de su tiempo. Así es de ver como al lado de los que consumen el patrimonio amasado á cintarazos por el guerrero de la edad media, están los hijos de los grandes industriales y comerciantes haciendo lo propio con unas fortunas amasadas con el sudor del trabajo, y en verdad que este segundo elemento aristocrático es el más corruptor y desmoralizador, pues es el que más directamente se presenta como tipo ideal del porvenir del hombre, ya que el primero hasta por tradición se aleja de la gente del trabajo.

Aun cuando no creamos que haya en esto un peligro inminente, por lo mismo que el gran desarrollo de la industria y del comercio hará que cada día sea menor la importancia y valor del capital que ya recibió una herida de muerte con la cuestión de las instituciones de crédito, cuyo fin no es otro que el de crear y suministrar capitales baratos para la industria, las artes y oficios, agricultura y comercio, y así vemos ya que la tasa ó interés legal del dinero es el de 3 ó 4 por ciento en Inglaterra y Estados Unidos, y lo será dentro de poco en Francia donde cada día son mayores los capitales improductivos que materialmente llenan las cajas de sus bancas y demás instituciones de crédito; no por esto es menos cierto que tiende á distraer del trabajo y de la especulación á los que precisamente habían ya alcanzado posiciones desde donde poder ser útiles á sus antiguos compañeros de trabajo.

Aquí lo importante sería poder llevar á la producción todos estos elementos que de su fomento se alejan creyendo algunos de buena fe que ya atienden aquella gastando sus capitales ó rentas, ó como ellos dicen «haciendo marchar el comercio» con sus compras. Aun en esto se equivocan, pues si hoy parece ser verdad que las industrias de lujo sin esta base aristocrática no podrían sostenerse, desde el mismo momento que esta base se ensancha, dichas industrias verían extenderse sus mercados en beneficio de la producción del trabajo y del comercio, porque entrando en circulación los capitales aristocráticos, se abaratarían, y por lo mismo se difundirían, que esta es la consecuencia de toda producción barata, y base de la difusión del comercio.

Como podría esto conseguirse, difícil es decirlo: como esto se conseguirá ya es otra cosa, esto ya se puede decir. El predominio del elemento popular en la sociedad europea notorio y evidente en las naciones más aristocráticas donde aun encuentran resistencias como la que acaba de poner la aristocracia inglesa á la difusión del sufragio, es decisivo en las naciones que se adelantaron á aquellas en el desenvolvimiento democrático. Las constituciones de estas naciones, ora republicanas ora esencialmente democráticas, lo ponen fuera de duda. Ahora bien, fundada una sociedad democrática en la igualdad no le bastará en su

dia la igualdad ante la ley, sino que la exigirá y la impondrá ante el trabajo. Porque esto es notorio, toman de ello pretexto los inventores de sistemas sociales para sus sistemas anárquicos, colectivistas, comunistas, etc., sistemas todos llenos de idealología y no de la sustantividad de las cosas.

Consecuencia de este elemento corruptor de la sociedad civil y económica de Europa es la empleomanía. Iniquilada la influencia de la nobleza hereditaria, y destruida su utilidad como cuerpo intermedio entre el pueblo y el soberano, claro está que quedaba en la sociedad una laguna. Por otra parte, cuanto más se debilitaba la acción individual de los patrios, tanto más aumentaba la acción central del gobierno, el cual cada día más iba endosando una masa siempre creciente, y por último exuberante de incumbencias y de ocupaciones. Para colmar aquel vacío, para satisfacer esta multiplicación de deberes, creóse un sistema de gobierno que obrase por medio de funcionarios, cuyo número es inmenso por todas partes, particularmente en los países donde la renovación social está más caracterizada, donde ésta es más radical y profunda. La empleomanía y la burocracia eran enfermedades antes desconocidas, pero que hoy son como gangrena del cuerpo social.

Preséntase el problema por consiguiente bajo dos aspectos: primero en el de las reformas que necesita la máquina gubernamental para acabar con tan funesta enfermedad, pues reduciendo el personal de funcionarios pondrá sino término un paro á su desarrollo, es decir se debilitarán sus efectos; y segundo como consecuencia del empleo de las fuerzas que alejándose del trabajo industrial y comercial buscan en la burocracia algo de este estado aristocrático en el que desean vivir. Porque es de notar que el funcionario lejos de ser equiparado con sus iguales en la escala general de los elementos del trabajo, pasa á formar entre lo que se llama las clases distinguidas, dándose á un oficial de hacienda, gobernación ó fomento, una categoría especial superior al abogado, al médico, al ingeniero, al literato, etc. Esto se ve en las recepciones oficiales y en las reuniones de la llamada alta ó buena sociedad, donde un director ó un jefe de administración es recibido como un miembro de la misma.

Esto sucede porque la burocracia recoge su personal general en las filas de la aristocracia, ya rendida ó perdida por sus devaneos, de modo que aun entre la que queda en pié y este elemento existe una relación de sangre; luego porque las condiciones del trabajo burocrático tal cual hoy está organizado, parece como que retiene la menor cantidad posible de su antiguo servilismo, ya que en todas las oficinas su duración es menor que en los escritorios, talleres, fábricas, etc. De donde resulta que hasta un portero de una oficina oficial se cree superior al portero de un banco ó de una casa de comercio.

Matará esta situación el mismo desenvolvimiento del principio democrático, que llevando á todas las oficinas el elemento popular, las desconsiderará delante de los que en sus elementos ven á los segundones; y en segundo lugar las reformas democráticas que acabarán por dar á la máquina gubernamental la sencillez que necesita para su movimiento ordenado. Interin la empleomanía distrae del comercio principalmente elementos que le serían muy útiles, y cuya utilidad sería tanto mayor, si al volver á ellos, vencida ya la empleomanía ó el funcionarismo que hace de la gobernación del Estado una función propia, llevasen á él la misma suma de conocimientos que á la administración del Estado les permite llevar el orden social de su procedencia. Pero no hay por que creer que el funcionarismo de hoy sea peor que el de ayer. No, en el antiguo régimen cuando las funciones, aun las gubernamentales eran una propiedad, tanto que se compraban y vendían, y también se heredaban, el funcionarismo era una parte cien mil veces peor, pues hacia de todos sus miembros una casta que vivía alejada de la sociedad á la que creía tener bajo su dependencia. De aquí que si hoy son posibles «las jugadas» no sean posibles ni los agiotajes, ni las asociaciones para explotar los servicios públicos en detrimento de la nación.

Indudablemente que tan gran mejoramiento como no se presenta igual en otra parte del mundo, se debe á lo que es á la vez causa y efecto, esto es al mejoramiento de las condi-

ciones materiales y morales que han recibido en nuestro siglo un gran desenvolvimiento, digan lo que quieran los retóricos y sofistas de cierta escuela que parece no tiene otra misión que deplorar que el pasado sea pasado, pues lo demuestra la más superficial observación.

Si ante todo tomamos en cuenta las exigencias de las primeras necesidades, desde luego vemos que la industria contemporánea ha encontrado medios para satisfacerlas, lo que no sucedía así para los tiempos pasados quedando aquellas en descubierto. Mediante la aplicación de las ciencias al trabajo productivo, la mayor parte de las ocupaciones industriales se han hecho más fecundas. Las operaciones más fatigosas se confían hoy á las inagotables fuerzas naturales. Las carestías, antes frecuentes, se hacen hoy cada vez más raras. La agricultura ha multiplicado de tal modo sus medios de acción sobre la tierra, que la hace producir con abundancia los medios necesarios para sostener una población duplicada, cuando ántes trabajosamente podía subvenir á las necesidades de una población mucho menor. Las grandes fábricas han podido poner en circulación en el mercado productos manufacturados con una perfección desconocida de los antiguos, y á un precio incomparablemente menor.

Si luego nos damos á considerar las necesidades de un orden más elevado, las necesidades de la inteligencia y del corazón, el progreso, si es esto posible, todavía resulta más grande y más evidente. La ciencia poco ha monopolio de poquísimos, ha difundido entre las clases ínfimas algunos de sus benéficos influjos. A todos es hoy lícito, á todos es hoy posible, para todos es hoy un deber, el adquirir los principales lineamientos del saber. Y cuanto esta facilidad de instrucción y de educación contribuye al moral mejoramiento de la población, lo ven cuantos se den hoy á comparar la historia pasada de Europa con la historia presente de esta parte del mundo. Ciertamente, hoy como ántes, habrán gentes ignorantes é infelices condenadas á la ignorancia, á las preocupaciones, á la culpa y el delito, pero dígase francamente si hoy serían posibles los horrores de la inquisición. Dígase si aun cuando fuese posible una nueva San Bartolomé, si para realizarla se encontrarían los millares de fanáticos necesarios para la ejecución y que tanto abundaron para aquella inútil y criminal empresa. Dígase si sería hoy posible Estados como el de los Estados italianos del siglo xvi, cuyos soberanos mandaban con el puñal y el veneno del que no se escapaban los mismos embajadores de las potencias extranjeras. Dígase si sería posible ver á los soberanos pontífices usar de iguales procedimientos de gobierno, y llenar el santo palacio del Vaticano de concubinas y de hijos naturales, como sucedía por igual tiempo para los Papas de la familia Borgia. La educación que es lo que suaviza y doma los instintos dañinos del hombre, que sustituye á la crueldad la compasión, al rigor la suavidad, á la indiferencia los sentimientos generosos, no consentiría ni la hoguera ni el puñal. Y la cultura de la sociedad Europea que exige hoy de todos el respeto de sí mismo, no consentiría que de las casas santas se hiciera un lupanar, ni que arrastraran sagradas vestiduras por el fango los que no pueden hacerlo sin terribles consecuencias para la paz, el sosiego público, y el progreso. Los escándalos de Roma engendraron á Luther.

Enfurezcanse cuanto quieran los *perpetui laudatores temporis acti*: nosotros, sin por esto creernos en el mejor de los mundos posibles, como le sucedía al inmortal doctor Pangloss, no por esto dejamos de estar convencidos que la sociedad europea de hoy es más feliz, más rica, más moral, más virtuosa, y por consiguiente económicamente más perfecta que cualquiera otra sociedad de los tiempos pasados.

Digamos que todo este progreso que marcha hoy de consuno por toda Europa, tiene por base fundamental, la solidaridad de los pueblos.

Siempre hubo entre las varias naciones europeas aun en los tiempos más bárbaros, ciertos cambios de relaciones, ciertos nudos y lazos, en virtud de los cuales los sucesos prósperos ó adversos que ocurrían en el seno de un pueblo, reaccionaban siempre en bien ó en mal de los pueblos vecinos. De modo, que es imposible tejer la historia de un Estado, y